

 HARLEQUIN®

# Jazmín®



En brazos del médico

Sharon De Vita





# En brazos del médico

Sharon De Vita



HARLEQUIN®

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2006 Sharon De Vita. Todos los derechos reservados.  
EN BRAZOS DEL MÉDICO, N° 2047 - octubre 2010  
Título original: Doctor's Orders  
Publicada originalmente por Silhouette® Books  
Publicada en español en 2006

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.

Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.

® Harlequin, logotipo Harlequin y Jazmín son marcas registradas por Harlequin Books S.A.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9227-8  
Editor responsable: Luis Pagni

# CAPÍTULO 1

*Cooper's Cove*  
*Mediados de febrero*

**A** LGO VA MAL». El instinto maternal de Cassie Miller le decía que tenía motivos para estar alarmada mientras miraba a través de la cristalera de su salón de belleza que daba a la calle principal del pueblo.

Las clases habían acabado hacía casi media hora y la calle nevada estaba llena de niños riendo y bromeando, contentos de tener toda la tarde libre por delante, pero su hija Sofie, de seis años, no estaba entre ellos y Cassie empezaba a estar nerviosa.

La escuela estaba a sólo un par de manzanas y Rusty, su sobrino de doce años, acompañaba siempre a la pequeña Sofie hasta el salón de belleza todos los días, y no era propio de ninguno de los dos retrasarse casi media hora sin avisar. Ambos niños eran muy inteligentes y responsables, y sabían que sus madres se preocuparían por ellos si llegaban tarde.

«Algo va mal».

Como madre soltera, Cassie había tenido que dejar de lado sus instintos para cuidar de su preciosa

hijita, pero Sofie era una niña lista que no le había dado ni una preocupación.

Hasta entonces.

Cassie habría cerrado el salón e ido a buscarla sin más, pero aún tenía una cita con una clienta aquella tarde. Había comprado el negocio hacía poco tiempo, y estaba intentando ganarse a los clientes, y cerrar sin motivo aparente a media tarde no estaría bien visto entre estos.

Cassie se mordió el labio, nerviosa, y se obligó a tomar aliento.

«Vamos, Cass, Sofie está bien. Tienes que recuperar la calma».

Se preocupaba sin razón; después de todo, Cooper's Cave, en Wisconsin, era el típico pueblo en el que todo el mundo se conoce y en el que ella había crecido.

Cassie se había mudado allí de nuevo hacía un mes, y no había sido un movimiento impulsivo. A Sofie también la ilusionaba el cambio, y aquello era empezar de nuevo para las dos; volver a casa, estar cerca de la familia, echar raíces y, para Cassie, la oportunidad de hacer realidad su sueño de tener su propio negocio.

Lo había planeado todo con cuidado; no era una mujer impulsiva, ya no.

En el pasado sí había actuado por impulso, cuando era joven e inocente, y le había costado caro. Por eso, ella ya no era así.

Al cabo de unos minutos, aún sin señal de Sofie, Cassie se frotó las manos sudorosas contra el uniforme beige y marrón que llevaba y fue hacia el teléfono del mostrador de recepción.

---

Justo cuando empezaba a marcar el número de su prima Katie, la madre de Rusty, que trabajaba en el periódico local, en la misma calle que su salón, oyó el rugido de un motor en el exterior.

Cassie vio un pequeño deportivo rojo frenar en seco frente a su escaparate y pensó que aquellos coches no eran muy habituales en Cooper's Cove. Y menos aún, conducidos a gran velocidad a una hora en la que las calles estaban llenas de niños y en medio de una nevada.

«A no ser que algo vaya mal».

Intentando controlar sus nervios, cada vez más descontrolados, Cassie vio que del coche salía el doctor Beau Bradford, el pediatra del pueblo, y apretó los labios, disgustada.

Los dos habían crecido en el pueblo, pero el doctor era unos años mayor que ella y no se habían conocido hasta el mes anterior, cuando Cassie llevó a Sofie a su consulta para que le hiciera una revisión.

Él también había asistido a la boda de la tía Louella con el mayor Hannity el mes anterior, y Cassie recordó con una mueca lo atento y encantador que había sido el médico con ella. Había algo en el doctor Bradford, en sus ojos azul intenso y en su aspecto aristocrático, que la ponía de los nervios.

El doctor Beau, como todos le llamaban, no sólo era el pediatra del pueblo; él era también el único heredero de la dinastía de los Bradford. Vivía con su anciano y excéntrico tío en una enorme mansión con aspecto de fortaleza a las afueras de la ciudad.

Al parecer, el joven doctor también llevaba fama de ser el romeo del pueblo y los rumores de sus ha-

zañas románticas corrían de boca en boca por todo el pueblo.

Beau Bradford era rico, guapísimo y, según la rumorología local, muy experimentado.

Para Cassie era otro hombre más cortado por el mismo patrón que el irresponsable padre de Sofie, y lo último que ella necesitaba en su vida era otro hombre sin principios jugando a ser adulto. Sólo con pensarlo se ponía furiosa. Qué demonios estaría haciendo allí.

Sin saber por qué, Cassie lo miró fascinada mientras él rodeaba el coche y abría la puerta del acompañante.

—¡Dios mío! —exclamó Cassie, sin poder contener más el pánico, al ver a su hija de seis años bajarse del coche.

Bien protegida contra el frío, Sofie parecía una ovejita de colores con dificultad para andar y mantener el equilibrio al mismo tiempo.

A Cassie le dio un vuelco el corazón y salió corriendo al exterior, sin pararse a ponerse el abrigo, a pesar de la bofetada heladora que recibió nada más abrir la puerta.

—¡Sofie! —exclamó, intentando contener los horribles pensamientos que se le pasaban por la mente—. ¿Qué ha pasado? —y arrastró casi a la niña al interior—. ¿Te ha pasado algo, cariño? ¿Estás enferma? ¿Herida? —preguntó, sin dejar de mirarla de arriba abajo para asegurarse de que su pequeña estaba sana y salva.

—No, mamá —repuso la pequeña con tono solemne, mirando a su madre con sus grandes ojos marrones—. No estoy enferma. Ni herida tampoco.

---

–¿Y por qué te ha traído el doctor Bradford?  
–preguntó Cassie, confundida, mirando a Sofie y después al médico, que las había seguido al interior del salón.

Se había quedado de pie junto a la puerta, sin quitarse el abrigo de cachemir ni la bufanda de diseño. Tenía el pelo negro salpicado de copos de nieve.

Sus miradas se encontraron y de repente ella sintió que se ahogaba en un lago de aguas azules y tranquilas. Había algo peligroso en sus ojos... si una no tenía cuidado, podía acabar absorbida por esos ojos azules y cegada a la realidad.

–¿Podría explicarme alguien qué demonios ha pasado? –preguntó, irritada, mirando alternativamente al doctor y a su hija–. ¿Por qué has llegado tan tarde, Sofie? ¿Por qué te ha traído el doctor? Y... ¿dónde está Rusty? ¿No se supone que tienes que venir con él después de clase?

–Sí, mamá –susurró Sofie, sin levantar la vista de sus botas de goma amarillas.

–Y sabes que no debes montarte con un extraño en el coche sin mi permiso... –Cassie era incapaz de mirar a la niña a los ojos, porque esta apartaba la vista–. Sofie –le dijo, y le levantó la barbilla–. Cariño, si te retrasas en llegar, mamá se preocupa muchísimo. Tenía miedo de que te hubiera pasado algo terrible...

–Pero... es que ha pasado... algo terrible, mamá –murmuró la niña, mirando a su madre–. En clase...

–¿Qué ha pasado? –a Cassie le dio otro vuelco el corazón al ver la tristeza reflejada en el rostro de Sofie.

–Los niños... –volvió a bajar la mirada y se frotó los ojos– se rieron de mí cuando les dije que iba a hacer algo muy bueno para el concurso de proyectos de ciencias. Me llamaron mentirosa y después se rieron.

–¿Te llamaron mentirosa y se rieron? –repitió Cassie, sorprendida. Sofie llevaba toda la semana hablando sin parar de ese concurso de proyectos. Le encantaban las ciencias desde que una antigua vecina, profesora retirada, había despertado en ella el interés por el sistema solar.

Para Cassie, que había dejado los estudios en su último año de instituto para dar a luz, y había conseguido sacarse el título yendo a clases por la noche, el mero concepto de «teoría científica» le daba un poco de pánico. Pero a su valiente y brillante hijita no le pasaba nada de eso.

–Qué pena, cariño –y abrazó a Sofie–. A nadie le gusta que se rían de uno y que le llamen cosas... y menos que los que lo hagan sean tus amigos. Pero... ¿por qué se rieron de ti?

Sofie tragó saliva y se frotó la nariz con las manos aún dentro de las manoplas rojas.

–Porque... porque dicen que soy una empollona –dijo Sofie, sin poder contener las lágrimas.

–¿Cómo?

–Sí. Los niños se ríen de mí porque dicen que soy demasiado lista –explicó la niña–. No les gusto, mamá –gimió, y se abrazó sollozando a su madre–. No les gusto, y por eso me iba a escapar.

Las palabras de su hija la dejaron helada.

–Te... ¿te ibas a escapar? –repitió Cassie, inten-

---

tando no parecer asustada para no alterar más a Sofie a pesar del pánico.

–Sí, mamá, pero el doctor Beau me encontró –miró a su madre y se frotó los ojos de nuevo–. Él me explicó la norma de los que van a primer curso.

–¿La norma de primer curso? –Cassie no salía de su asombro, y miró al doctor, confundida.

–Sí, Cassie –confirmó el doctor con un guiño y una sonrisa–. La norma de primer curso de Cooper’s Cove. Seguro que te hablaron de ella cuando matriculaste a Sofie en el colegio –dijo, levantando una ceja.

–Humm... sí, creo que sí –asintió Cassie, decidida a seguirle la corriente–. Pero creo que lo he olvidado –admitió mirándolo con una sonrisa.

–Es normal –dijo él, dando unos pasos hacia ellas. Se quitó los guantes y se los guardó en los bolsillos mientras las miraba sonrientes–. La norma dice que los alumnos de primero de Cooper’s Cove deben avisar a sus padres antes de escaparse. Es una norma del colegio, ¿verdad Sofie?

–Verdad –dijo la niña con un suspiro.

Cassie sonrió de alivio y miró a Beau para encontrarse con unos ojos sonrientes y amables y comprensivos, algo que la sorprendió enormemente.

–Y no hay que romper ninguna norma, ¿verdad Sofie? –continuó él, mirando a la niña.

–No, doctor Beau –declaró ella, apartándose un mechón de pelo negro de la cara.

–Llamé a Katie al periódico y le dije que traería a Sofie aquí para que ni ella ni Rusty se preocuparan.

–Gracias –murmuró Cassie, aún no recuperada del todo del susto.

En el pueblo se conocían casi todos, y también sabían las relaciones de parentesco de cada uno. Era parte de la vida en una población con pocos habitantes. Su madre Gracie y su tía Louella era hermanas y socias en el gabinete de astrología a unos metros de distancia de su salón de belleza. Katie era hija de Louella, y Rusty, hijo de la primera.

—Mamá... —Sofie tomó la mano de su madre y después se quitó la gorra que le cubría el pelo—. El doctor Beau me ha traído para que te dijera que me iba a escapar —la niña hizo una mueca y después cruzó las piernas y empezó a botar en el sitio—. Pero creo que tengo que ir al baño primero.

—Ve, cariño —apremió Cassie, ayudando a su hija a quitarse toda la ropa de abrigo que llevaba—. Te esperaré aquí.

Sofie salió corriendo hacia el fondo del salón, donde estaban el baño y un pequeño comedor, y Cassie se volvió hacia Beau.

—No sé qué decir —admitió honestamente, dejando el abrigo de Sofie sobre una silla—. Gracias... si no la hubieras encontrado, no sé qué habría podido pasar.

«Sofie se había escapado».

Aún tenía un nudo en el estómago... no podía soportar pensar qué habría pasado si Beau no hubiera traído a la niña.

—De nada —dijo él con una sonrisa—. Cierro pronto los miércoles —explicó—, y pasaba por la calle principal cuando vi a Sofie caminando sola —se desabrochó el abrigo y se acercó más a ella—. Algo fallaba, porque no me parece que seas el tipo de madre que deja a su hija de seis años caminar sola por ahí.

---

—Por supuesto que no —repuso Cassie, luchando contra el instinto de alejarse de él. Era una tontería, sobre todo teniendo en cuenta lo amable que había sido, pero no podía evitarlo. Aquel hombre la ponía muy nervios; era demasiado encantador y guapo para ella. Todo en él le recordaba dolorosamente al padre de Sofie, hasta el deportivo, y también lo inocente que había sido.

—Actuaste con rapidez con lo de la norma de primero —admitió Cassie, obligándose a mirarlo a los ojos y ser amable.

Beau se encogió de hombros ante el cumplido.

—Trabajar con niños a diario te enseña a ser rápido —dijo él, mirándola atentamente.

La primera vez que la vio no se equivocó, se dijo mientras la miraba de arriba abajo, apreciando lo que veía. A ella no le gustaba ni confiaba en él, y lo había dejado muy claro. Como no era la respuesta que solía provocar en las mujeres, aquello lo divertía y sorprendía.

Tampoco sabía si Cassie Miller tenía un problema sólo con él o era con todos los hombres. Según su tío, todas las mujeres de Cooper's Cove deberían estar haciendo cola a la puerta de Beau para tener la oportunidad de convertirse en la madre de una futura generación de Bradford. Comparado con eso, la frialdad de Cassie era, cuando menos, algo intrigante.

Y eso por no hablar de lo atractiva que era. Tenía el pelo negro y brillante, que le caía como una cascada sobre los hombros. Su piel blanca pedía a gritos que la acariciaran y, además, él siempre se había sentido atraído por las mujeres pequeñas y con aspecto frágil, pero hechas de acero.

Cuando llevó a Sofie a su primera revisión, sus intentos de ser amables habían caído en oídos sordos. Y no sólo en aquella ocasión, sino también en la boda de Louella. Mientras él conversaba amigablemente, Cassie lo miraba con frialdad dejando claro que no quería tener nada que ver con él. Su interés por ella se había disparado simplemente porque hacía mucho tiempo que una mujer no se interesaba en absoluto por él. Lo normal era que trataran de impresionarlo, tarea nada fácil.

Pero a juzgar por la fría respuesta de Cassie, uno podría empezar a pensar que estaba perdiendo su toque especial.

—Te agradezco lo que has hecho —dijo Cassie por fin, mirando al fondo del local por donde había desaparecido Sofie—. No sé cómo ha podido pasar esto. A Sofie le iba bien en clase y empezaba a hacer amigos, así que no sé qué ha pasado. Lo peor es que tampoco sé muy bien qué hacer —admitió, sintiéndose muy incompetente de repente—. Sofie siempre se ha llevado bien con todo el mundo, y no se han burlado de ella hasta ahora.

—Esto no es culpa de Sofie, y no creo que la cosa venga de hace tiempo —dijo él, intentando tranquilizarla—. Llevo cinco años trabajando en el colegio para erradicar las prácticas de acoso a los estudiantes por parte de sus compañeros. No se toleran las burlas e insultos para que los comportamientos no vayan más allá y para que todos los niños se sientan cómodos en su colegio —suspiró—. Pero de vez en cuando los niños se comportan como niños que son, y pasa algo así. Algunos se olvidan, y otros se sienten inferiores como resultado de una mala atención

---

por parte de sus padres, y entonces se convierten en los matones de la clase.

—¿Crees que es eso lo que pasó? —le parecía un planteamiento mucho menos dramático de lo que ella se había imaginado—. Me refiero a que no me gusta la idea de que se metan con mi hija y la insulten en clase.

—Lo sé, Cassie —respondió él, con los ojos brillantes de sinceridad—. Y quiero que sepas que lo lamento, pero ahora sabemos más de esto y estoy seguro de que, con un poco de ayuda por nuestra parte, Sofie podrá manejar la situación perfectamente —dudó un instante—. Claro... si me dejas que os ayude.

—¿Dejarte? —ella sacudió la cabeza y soltó una carcajada irónica—. Estaré agradecida por todo lo que puedas hacer —cuando se trataba de su hija, Cassie perdía todo el orgullo y le vendería su alma al diablo si fuera necesario. Miró hacia atrás para asegurarse de que la niña no podía escucharlos y se apartó el pelo de la cara con la mano ligeramente temblorosa—. No quiero que mi hija piense que la solución a los problemas es escaparse de casa.

—Por supuesto —dijo Beau—. Las tres palabras mágicas para resolver el problema de Sofie son «cariño», «cooperación» y «resolución del conflicto». De la primera, te tienes que ocupar tú y todos los adultos del entorno de la niña. Hay que hacerle ver que entendéis que es un momento difícil para ella y que puede contaros todos sus problemas, especialmente los que tenga en el colegio.